

LA VUELTA DEL CAMPO

CAPILLA DE COLOMBINA II

Quando la farola de la Puerta del Sol, de Madrid, desplegando sus abanicos de luz anuncia que ha concluido la tarde y comienza la extraña e inquieta vida de la noche, vida artificial propia de los habitantes de los grandes centros; cuando los teatros abren de par en par sus puertas, las mesas de los cafés se llenan de parroquianos, los carruajes cruzan las calles a la carrera, las vendedoras de periódicos atruenan los oídos con sus voces, los toreros y desocupados se poseionan de las cuatro esquinas, y el vicio sin disfraz ni misterio circula en forma animada y viviente entre la multitud que va y viene presurosa en direcciones encontradas, la imaginación, amiga de los contrastes, se suele transportar lejos de la escena que la aturde, comparando el cuadro que ofrecen a aquella misma hora algunos oscuros y silenciosos rincones a que la civilización no ha llevado aún sus costumbres perturbadoras de las leyes de la naturaleza.

La contemplación mental de los nuevos ho-

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

rizontes varía el curso de las ideas, y lo que comenzó sátira acaba en idilio. Vuelven a la memoria los risueños campos que hemos visto alguna vez en nuestros viajes iluminados por el último y dorado reflejo del sol de otoño. El cielo violado del crepúsculo, que guarda aún las armoniosas tintas de la luz que desaparece; la niebla azulada de la noche, que borra poco a poco los colores y los contornos de los objetos; las chimeneas del hogar, donde se prepara la comida para los trabajadores y que arrojan, a intervalos, borbotones de humo; el canto lejano del labrador, que vuelve de sus faenas del día, caballero en su poderosa yunta de mulas, y acompaña su canción con el monótono ruido del timón del arado, que arrastra por la tierra; el vibrante sonido de las esquilas del ganado, que anuncian a gran distancia el regreso de los pastores; todos esos murmullos, en fin, que van debilitándose gradualmente y que llenan el alma del suave y sosegado bienestar que nos predispone al reposo y al sueño.

PROCESION DEL VIERNES SANTO EN LEON

Entre los países católicos, seguramente es España uno de los que más se distinguen por la pompa y el esplendor del culto. Las ceremonias religiosas de la Semana Santa, si bien en la actualidad han perdido algo de su primitivo carácter, en algunas poblaciones todavía son tan dignas de llamar la atención, que desde muy lejos y aun de naciones extranjeras acuden curiosos o devotos a pasar esta época del año en los puntos más célebres por el número y la riqueza de sus congregaciones y cofradías.

Nada diremos de Sevilla, cuya Semana Santa se ha comparado por algunos con la de Roma, no faltando quien dé la ventaja a la primera; tampoco hablaremos de Toledo, cuyas imponentes ceremonias gozan de fama universal. Lo mucho que se ha escrito acerca de las fiestas religiosas de estas y otras poblaciones frecuentemente visitadas por artistas y literatos, nos induce a buscar la novedad ocupándonos de otras procesiones que, como la del Viernes Santo, en León, son menos co-

nocidas a pesar de que por sus detalles y las originales escenas a que dan lugar, merecen que se haga de ellas aunque no sea más que un ligero estudio.

Esta procesión, llamada vulgarmente *El Encuentro*, sale a las diez de la mañana del Viernes Santo y recorre casi todas las calles de la ciudad, acompañada de cofrades con hachas encendidas, cruces, estandartes y pendones. En esta forma sigue hasta llegar a la Plaza Mayor, donde la espera una multitud de gentes, entre las que se ven pintorescos grupos de montañeses y aldeanos, que en días semejantes acuden a la capital engalanados con sus vistosos y carecterísticos trajes.

En uno de los balcones del piso principal de la casa del Consistorio, y bajo dosel, se coloca un sacerdote, el cual, esforzando la voz de modo que pueda hacerse oír de los fieles que ocupan el extenso ámbito de la plaza, comienza a trazar a grandes rasgos y en estilo tan dramático como original todas las escenas de la pasión y la muerte del Redentor del mundo.

Como nuestros lectores pueden suponer, la oratoria especialísima del encargado de dirigirse a la multitud para prepararla convenientemente a sentir la extraña escena que va a presenciar, abunda en rasgos y comparacio-

nes que en otro sitio podríamos calificar de toscos y vulgares, pero que son sin duda los más adecuados en esta ocasión, sobre todo si se tiene en cuenta que el auditorio a que se dirige lo componen en su mayor parte gentes ignorantes y sencillas.

Durante el sermón, el paso de Jesús Nazareno con la cruz a cuestas, está al extremo de la plaza, a la derecha del predicador, y en un momento determinado los de San Juan y la Virgen de las Angustias, comienzan a bajar por una de las calles próximas y en dirección contraria.

Cuando unos y otros se encuentran comienza lo más importante de la ceremonia. El predicador interroga a los sagrados personajes o habla por ellos; otras veces se dirige a la multitud, explica la escena que se representa ante sus ojos, y con sentidos apóstrofes y vehementes exclamaciones trata de conmoverla, despertando por medio de sus palabras, que ayudan a la comprensión y al efecto de las ceremonias, un recuerdo vivo del encuentro de Jesús con su Santa Madre en la calle de la Amargura.

L A S J U G A D O R A S

CAPILLA F. VINA II

Nosotros hemos visto jugar en todas partes, porque el juego se ha generalizado de una manera increíble.

En los dorados círculos de la alta sociedad, en los garitos de los tahures, al fin de las sucias y derruidas tapias de la Ronda, en cada calle, detrás de cada esquina, el vicio ha fijado en la corte una bandera de enganche para sus neófitos; sin embargo, en Madrid la afición a los naipes sólo ha reclutado adoradores entre el sexo feo, si exceptuamos alguna que otra ave de mal agüero y peor catadura, especialidad femenina que conocen los asistentes a ciertos tugurios con un nombre gráfico.

Es preciso salir de la coronada villa, es preciso dar una vuelta por algunas de las provincias de España, y muy especialmente por algunos de los pequeños lugares enclavados entre las sinuosidades de la parte más escabrosa e inexplorada del Alto Aragón, para encontrar completamente trocados los papeles.

En la tarde del domingo, cuando el cura del lugar, después de dormir la siesta sale a ha-

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

cer un poco de ejercicio por las eras cercanas, en compañía del alcalde, el médico y algunas otras personas graves de la población; cuando los labradores acomodados hablan sentados tranquilamente en los soportales de la plaza, y los mozos recorren las estrechas y tortuosas calles cantando la jota al compás de un guitarrico destemplado, se juntan en grupos a la puerta de una bodega, donde beben el vino en pucheros, forman círculos en el juego de pelota, donde se lucen los más ágiles, o asisten, envueltos en sus mantas, al tiro de la barra, donde campean los más forzados; cuando chicos y grandes, casados y mozos, viejos y muchachos discurren, en fin, de un lado a otro, celebrando, cada cual a su manera, la festividad del día, las mujeres se reúnen en las cocinas de las casas, en los cantones de las calles o en las avenidas de los caminos, y dejando a un lado el rosario en que rezaban al sonar el toque de vísperas, desenvaina cada cual su más o menos mugrienta baraja, se sientan en un corro y da principio el juego.

En cada círculo se juega con arreglo a las circunstancias y los medios de las jugadoras.

El ama del cura, la alcaldesa, la cirujana y alguna labradora acomodada juegan el chocolate y los esponjados al amor de la lumbre, donde brilla el alegre fuego del hogar y hier-

L A S J U G A D O R A S

ve la vajilla con el agua preparada de antemano.

Las mujeres de los braceros y las hijas de los peones, engalanadas con sus apretadores verdes, sus sayas rojas y sus collares de cuentas azules, juegan en mitad del arroyo los cuartos y ochavos que han podido ahorrar en la semana, y gritan, riñen y se repelan al cuestionar sobre una jugada o el extravío de un maravedí.

Las chiquillas, sentadas al borde del camino que conduce al lugar, sacan también sus baratijas y juegan alfileres, huesos de frutas y cosas por el estilo.